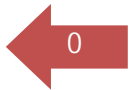


ensayos, artículos, pensamientos

Al borde del medio

Carlos Luis Blanco C.



Los contenidos de este documento están sujetos a una licencia de creative commons.

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, bajo las condiciones de:

Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.



Dios y el poder

“Estás blasfemando”, me dijo una amiga evangélica cuando le dije que su dios era muy humano para ser dios: es chantajista, soberbio, ególatra, celoso, vengativo y tirano, pero eso sí, nos ama infinitamente, por eso prefiero no creer en ningún dios para no tener que blasfemar cada vez que quiera dar una opinión. Todas las iglesias basan su dominio en el miedo, “el miedo a dios”, el miedo a ser castigado por blasfemar, por pecar, a ser desamparado en el frío de la soledad, como si la soledad fuera un castigo. Nos convencen que debemos estar sumisos para que después de la muerte podamos ganarnos el cielo, cualquier acto de rebeldía es signo de herejía, motivo suficiente para ir al infierno. La iglesia y el estado son los mejores aliados, un pueblo sumiso por el “miedo a dios” es más fácil de oprimir. Son muchas las analogías entre un dictador y el dios que nos vende las iglesias. El dictador basa su gobierno en el miedo y es omnipresente, todo lo que hace es por el bien de todos, todo aquel que está en contra del gobierno, el dictador en este caso, es un traidor a la patria, un terrorista, pero en el amor infinito del dictador, el rebelde es preso, fusilado o desaparecido.

En un régimen dictatorial existe la opción del exilio o el golpe de estado. Exiliarse de los dioses tiranos se traduce en “torear” todos sus mitos y hacer uso de la razón para no salir salpicados de sus miedos, en esquivar a todos los “cuerpos de inteligencia” de estos dioses (léase curas, reverendos,

feligreses, devotos...) que están en todas partes del mundo, como una plaga, desde las urbes hasta las comunidades indígenas, desde Siberia hasta los grandes desiertos, recordándonos que estamos desamparados, herejes o caídos, y que sin su dios somos unos desgraciados, infelices y que iremos sin contemplación al infierno si no nos doblegamos a sus creencias. A un dictador se le puede hacer un golpe de estado sacándolo de la casa de gobierno, a los dioses es más fácil, no se puede hacer un golpe de estado a algo que no existe.

El silencio de los terneros

-¿Cuánto cuesta estos zapatos, señor?

-Esos están en doscientos cincuenta, señora, pero se los podemos dejar en doscientos veinte.

-Están hechos de piel, ¿verdad?

-Sí, señora, son de piel de cordero. Mire usted, legítima.

-Pero, ¿esto qué es? ¡Por Dios! ¿Esto es sangre?

-¿Sangre?

-Sí. ¡Ah! ¡Aquellos zapatos también tienen sangre!

-¡No, no!

-¡Santo Cristo! ¡Las vitrinas también! ¡Y La alfombra! ¡Mire sus manos! ¡Todo está lleno de sangre!

(Gritos de terror)

Este corto diálogo pudiera muy bien estar en algún filme de Stephen King, titulada algo así como Calf (piel de ternero), y aquí lo traducirían como La venganza de las vacas. El argumento podría ser del siguiente modo: en algún poblado lejano vive una niña con poderes sobrenaturales, al estilo de Carrie. Ella, al ir todos los días al colegio pasa por una industria de cueros, y cada vez que lo hace siente algún dolor, se le lacera la piel o alguna otra sensación atroz, pero nunca deja de pasar por allí, hasta descubrir que lo que ella siente es el sufrimiento de los animales despojados de sus pieles para la industria de cueros. La niña-Carrie decide entonces tomar venganza, haciendo que todo el pueblo sufra las consecuencias de participar del dolor animal.

Desde el hombre en las cavernas hasta hoy, se ha usado las pieles y los cueros para cubrirse el cuerpo, al principio como fin práctico, luego como fin estético, y más tarde como fin económico. En la antigüedad el cuero era usado sólo estrictamente lo necesario, con un solo abrigo era suficiente para alejar el frío y la lluvia, posteriormente, al irse conformando la civilización, lo práctico se combinó con lo estético, se seguía usando lo necesario pero ahora se cuidaba las apariencias y su elaboración era netamente artesanal. Al explotar la revolución industrial lo práctico pasó a último plano para ser lo económico el fin primordial, ahora no es satisfacer las necesidades del hombre sino satisfacer las necesidades del mercado. Por lo tanto, la muerte de animales para quitarles su piel pasó de ser artesanal y comedido a ser industrial y desmedido. La muerte en cadena, en donde los

grandes empresarios son los principales beneficiados, los animales las principales víctimas, y los consumidores los cómplices y promotores de esa cruel relación. Ya portar objetos hechos de cuero o de piel dejó de ser natural, al comprar un objeto de cuero o de piel se es partícipe, conciente o inconcientemente, de la matanza brutal de animales para engrosar las cuentas bancarias de las grandes empresas.

Acción como la que realizaron los chicos de AnimaNaturalis en protesta de un desfile en donde se expondría ropas de cuero, pudiera resultar muy impactante y desagradable, pero es justamente ese el fin, que la expresión sea contundente para que quienes lo observen no se les olvide y el mensaje quede permanentemente en la conciencia de la gente.

Nuestro tiempo

El tiempo que vivimos no es precisamente este tiempo presente. Nuestro tiempo es de olvido, de afanes nunca satisfechos, de dejarnos arrastrar por sofismas. Nuestro tiempo está a destiempo con lo esencial, con lo primigenio, con lo sublime. Nos conducimos como si el tiempo fuera a extinguirse y lo consumimos no como alimento sino como mercancía exhibida en vitrinas de luces estridentes. El tiempo que olvidamos, que cubrimos con nuestros deseos insatisfechos, con nuestros afanes de poder, es este minuto que está pasando ahora, el más simple. Mientras estemos atados a los remolinos de la "modernidad", nunca nos armonizaremos con este preciso instante.



El universo que nos respira

El big bang nunca existió. El universo nos respira. La aparente expansión del universo (aparente porque quizá somos nosotros los que nos achicamos) es la inhalación del universo. El universo es el pulmón de ¿Dios? Cuando exhale veremos el Sol y la Luna más cercas y las horas más breves. Cuando estornude iremos a parar quién sabe a dónde.

Ésta es apenas un 11% del texto completo, si quieres leer todo el libro escribe a contacto@reveladoyrebelado.tk

